
Hablar con Jesús

ORAR CON...
LA BUENA NUEVA
a la buena ventura de los
caminos de Palestina

Edouard Boné, S. J.

DESCLÉE DE BROUWER

Índice

Preámbulo	5
1. Un viajero incesante	9
2. El marco geográfico	15
3. Los compañeros de camino	25
4. El predicador ambulante.	33
5. Sentado a la mesa, en el transcurso de las comidas	41
6. Jesús abordado por los caminos	53
7. El camino de Jerusalén	65
8. El retorno a Galilea.	77

Preámbulo

Vino a los suyos, escribe san Juan al comienzo de su Evangelio... Vino, pero nunca se instaló. En el texto griego se dice incluso con mayor precisión: *plantó su tienda*, dado que aparece como un viajero permanente, como un itinerante siempre de camino, casi inaprensible. *Jesús pasa*: la expresión aparece cien veces en la pluma de los que fijaron por escrito la Buena Nueva, pasa haciendo el bien; acuden a él, le escuchan, quisieran retenerle, pero él se escapa. Tiene que ir más lejos, hacia otras ciudades, hacia otros pueblos. Le buscan, recurren a él, le piden un momento de atención, un gesto caritativo; Jesús responde, pero con discreción, sin fastos, y pide que no divulguen su presencia, porque no quiere que le retengan, a fin

de retomar el camino hacia un más allá siempre imprevisible.

Parece que no tiene ningún itinerario bien definido, ningún programa preconcebido. Su único objetivo es hacer la voluntad de su Padre, proclamar la Buena Nueva, sembrar la Palabra o incluso simplemente lanzarla al viento. No codificó esta Palabra; no escribió ni una sola línea; se dedicaba a enseñar, pero esa enseñanza no nos ha llegado más que a través del testimonio de los que la recibieron, de las palabras que retuvieron, de los gestos que les impactaron. Todo eso parece que sucedió de una manera un tanto ocasional, al son del itinerario de este perpetuo viajero, como «a la buena ventura», diríamos...

Las páginas que componen este librito se proponen ilustrar este carácter particular, profundamente original y casi anecdótico del mensaje evangélico; se proponen también insistir en su aspecto de intensa *vivencia*, que lo hace tan profundamente auténtico y le proporciona su inmensa fuerza persuasiva.

El autor de este librito no reivindica en él la menor pretensión a una interpretación científica de la Escritura: no es exégeta; su lectura de los Evangelios pretende ser esencialmente *ingenua*. Lo único que pretende es deslizarse, modestamente, entre los discípulos, entre aquellos que querían seguir a Jesús a la buena ventura de los caminos de Palestina.

1

Un viajero incesante

Jesús, Verbo de Dios encarnado, vino a revelarnos al Dios que nadie había podido ver jamás. Como expresión perfecta del Padre, vino a revelarnos el gran designio de benevolencia que actúa a través del tiempo y el espacio del mundo, la magna Buena Nueva del amor de Dios, el Evangelio de la salvación. Los cristianos siguen refiriéndose, a más de veinte siglos de distancia, a su testimonio; profundizan en su Palabra y se adhieren a su doctrina. Lo que resulta paradójico es que este revelador único, este maestro excepcional, no escribió ni una sola línea; es imposible atribuirle ninguna obra literaria en la que hubiera codificado su enseñanza; no nos ha dejado ningún tratado, ninguna *suma*, ninguna *regla* que lleve su nombre. Los Evangelios de que disponemos

no han salido de su pluma: son composiciones tardías, redactadas decenas de años después de su muerte, surgidas a menudo al comienzo de ciertas catequesis, no directamente de Jesús, sino siempre *según Marcos, según Lucas o según Mateo...* Jesús no ocupó ninguna cátedra de teología; es cierto que le otorgaron el título de Maestro o de Rabí, pero no representaba a ninguna escuela y, si algunas veces enseña en las sinagogas o en el Templo, lo hace siempre de manera muy ocasional, y al margen de los marcos institucionales, e incluso en alguna ocasión bajo sospecha.

La Buena Nueva que Jesús destina a todos y nos envía a proclamar hasta los confines del mundo, la doctrina que nos invita a seguir y debe abrir los caminos del Reino, el mensaje del que la Iglesia pretende tomar su fuerza y su luz hasta el día de la Parusía, fueron destilados por Jesús, de una manera casi ocasional diríamos, a la buena ventura de los caminos de Palestina; sin orden aparente, sin plan preconcebido, a la ventura, al son de los encuentros, de los acontecimientos, de las peticiones imprevistas. Ya sea la travesía de un

pueblo, una parada fortuita, un momento de descanso, una llamada de socorro: todo esto puede ser el incidente que provoca la reacción de Jesús y le sugiere un comportamiento adecuado, a raíz del cual se ve llevado, eventualmente, a comentar o sacar una lección. Esta enseñanza, siempre exclusivamente oral, no toma nunca la apariencia de una exposición bien trabada: nace de la circunstancia y del contexto, recurre a la anécdota o a la parábola; no hay en ella nada libresco. Ahí se encuentra lo que proporciona al relato evangélico ese carácter excepcional de vivencia espontánea y garantiza esa inigualable fuerza pedagógica que desafía el tiempo y la diversidad de las culturas.

Jesús es, en primer lugar, un itinerante, un viajero. No lo imaginamos trabajando en su habitación, y menos aún en una biblioteca. Ireneo, Agustín, los Padres de la Iglesia nos han dejado impresionantes y notables obras de teología; Tomás de Aquino nos ha dejado libros voluminosos en los que desborda una teología profunda y doctos comentarios a los Evangelios. Teresa de Ávila

y Juan de la Cruz consideraron un deber consignar por escrito su experiencia mística, y nosotros podemos acercarnos a ella leyendo *Las Moradas* o la *Subida al Monte Carmelo*; los grandes sabios se han ocupado desde siempre de los grandes misterios del ser y de la vida: el *Eclesiastés* y los *Pensamientos* de Pascal nos ofrecen su reflexión. Jesús no tiene nada de escritor; es Palabra viva; está de paso por esta tierra, es esencialmente un hombre de exterior, de contacto directo. El Evangelio nos lo muestra siempre desplazándose.

Y podríamos decir que esto empezó ya antes de su nacimiento. María, apenas informada por el Ángel de la maravillosa concepción que le espera, se pone en camino y, cargada con la alegre promesa que habita en ella, se va a pasar tres meses en casa de una prima suya que vive en las montañas de Judea. Tras un breve retorno a Nazaret, un edicto de César Augusto impone a la joven pareja volver a partir para censarse en Belén: el parto está muy próximo, María carga con su precioso fardo y, en consecuencia, Jesús vendrá al mundo lejos de su casa. Antes de volver a su hogar de

Nazaret, el recién nacido tendrá que huir y permanecer en Egipto... Vienen después los largos años de su vida oculta, de los que sabemos poco, salvo tal vez la peregrinación a Jerusalén, cuando tenía doce años. Tras buscarle durante tres días, se nos dice que sus padres *le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y haciéndoles preguntas*. Y aparece esta extraña pregunta, que adquiere ya la forma de una primera revelación solemne: «*Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?*» (Lc 2,41-52).

Pero ha llegado el tiempo de la misión y, con ella, el del deambular incesante. Jesús debe abandonar su medio y el hogar familiar. *Y sucedió que por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán* (Mc 1,9). Aquí tuvo lugar algo así como una investidura oficial, y se oyó una voz que venía de los cielos: «*Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco*» (Mc 1,9). Antes de empezar propiamente la predicación de la proximidad de Reino, Jesús se retira aún cuarenta días a la soledad: *Jesús, lleno de Espíritu San-*

to, se volvió del Jordán y era conducido por el Espíritu en el desierto, durante cuarenta días, tentado por el diablo (Lc 4,1).